

Papa con coro de prostitutas

Plegaria por un papa envenenado

EVELIO ROSERO

Tusquets Editores, Barcelona, colección Andanzas, 2014, 164 págs.

¿CUÁLES SON los males endémicos de la Iglesia? Aventuremos los más visibles: su corrupción política milenaria, su falso discurso de la pobreza evangélica, su mentiroso ropaje del celibato, su amancebamiento con los poderosos de las armas y el dinero. Por ello, cuando arribó al papado Albino Luciani, con el nombre de Juan Pablo I, se estremeció de temor el Vaticano por las reformas radicales que este iba a emprender. Su extraña muerte, a los treinta y tres días de iniciar su pontificado el 26 de agosto de 1978, disparó las suposiciones, las investigaciones y, por supuesto, la imaginación de los escritores. En este último campo está *Plegaria por un papa envenenado*, la novela de Evelio Rosero.

En la nota de autor, que se encuentra al final del libro, Rosero propone un puente de unión entre su primer cuento “Ausentes”, premiado en un concurso nacional en 1979, y esta novela de 2014. Son dos textos dedicados a papas. El primero a Pablo VI y su visita a Colombia. El segundo, un sentido, hermoso y delirante homenaje a Juan Pablo I. En esa nota, igualmente, se dan claves para entender cuáles son los referentes principales que le sirvieron a Rosero a la hora de escribir su novela. Dice el autor que leyó mucho sobre la vida de Albino Luciani y sobre su asesinato. Pero que solo un libro lo impresionó: *En nombre de Dios*, de David Yallop. Es más, la lectura de esta sería investigación, que provocó el escándalo en los medios al ser publicada en 1984, es la que empujó al escritor colombiano a escribir su plegaria. En la novela es el “cronista lúcido” que ayudará a que el narrador se sumerja en los acontecimientos que preceden el asesinato del papa.

Rosero vuelve sobre un referente intertextual para construir su relato. Lo había hecho ya, y de manera ostensible, con *La carroza de Bolívar* (2012). En esta novela los escritos del historiador José Rafael Sañudo permiten al

narrador desmontar el heroísmo bolivariano y, así, endilgarle masacres infames cometidas en su paso libertario por el sur de Colombia. Pero si los textos de Sañudo corren el peligro de devorar la voz narrativa en *La carroza de Bolívar*, en *Plegaria por un papa envenenado* el apoyo textual es siempre mesurado. Por supuesto, se trata de dos novelas cuya diferencia estriba en su extensión. Mientras la primera es una novela histórica de casi cuatrocientas páginas, la segunda parece pertenecer a los terrenos del divertimento narrativo de corta duración. De todas formas, los lectores que ya conocen la novela sobre Bolívar, al encontrar de nuevo el mecanismo del palimpsesto en la novela sobre Juan Pablo I, pueden levantar las cejas con sospecha. Empero, el acertado equilibrio que logra Rosero con su invención literaria y el texto que la ha alimentado borra cualquier prevención.

Trece capítulos integran *Plegaria por un papa envenenado*. Escritos con habilidad y precisión y dueños de un desborde imaginativo plausible. En la medida en que avanza la lectura se asiste a un diálogo permanente entre un tiempo presente y un tiempo pasado. Esto se logra porque Rosero introduce desde el principio lo que es el mayor acierto de su novela: un coro de prostitutas cuyas voces servirán para que se establezca una distancia, evidentemente teatral, entre esa existencia proverbial que va a transcurrir en un medio asediado por el engaño y el oculto abuso del poder. Las voces de las prostitutas de Venecia, ciudad en donde Luciano será patriarca hasta que es nombrado papa, dan al texto un relieve al mismo tiempo sabio y grotesco. Ellas intervienen a todo momento, cuando les da la gana, son irreverentes y escatológicas, y le roban la palabra a ese narrador serio que se apoya en el “cronista lúcido” para explicar los avatares de Luciani en su carrera eclesiástica. De igual manera, tratarán de prevenir al humilde cura, al obispo íntegro, al cardenal limpio y al papa indignado, sobre el destino terrible que le espera en el Vaticano. El coro de prostitutas ocupa entonces un lugar más allá del tiempo y de la historia, y sus vaticinios y conclusiones hacen pensar en las voces del corifeo entre trágico y satírico de los griegos.

Rosero escoge algunos episodios importantes en lo que respecta a la vida de Luciani. Pero los que más le interesan son los correspondientes a los robos que el poder Vaticano, a través del director de su banco el arzobispo estadounidense Paul Marcinkus, le hace a curas y monjitas de la congregación. Vil enriquecimiento que a ojos de Luciani debe castigarse implacablemente. Marcinkus y sus secuaces, según él, deben confesar de un modo público sus faltas y pagarlas y la Iglesia ha de responsabilizarse de estos procesos judiciales necesarios. Es con Marcinkus, apodado “el Gorila” por su corpulencia, y quien será protegido infamemente por Pablo VI y Juan Pablo II, que la novela juega con la principal de sus oposiciones: un sacerdote bueno y transparente pero no ingenuo que quiere transformar la Iglesia enfrentado a un poder económico culpable de haber introducido el pecado y el crimen al seno mismo de la Iglesia. El narrador, amparado por el coro de las prostitutas, acude a la caricatura, al esperpento, para referirse a Marcinkus: “[...] oscuro, rojizo, en cuclillas, ave rapaz de uña mortífera, espesa pupila, plumas brillantes, humeantes, mojadadas en roja saliva, oloroso a pútrido pez” se dice de él en el capítulo III. En tanto que Luciani es pintado en relieves de sencillez y humildad, de rectitud y bondad, de sapiencia evangélica y de penetración humana. A los gestos repugnantes de Marcinkus y la red de religiosos que lo apoyan en los sombríos aposentos del Vaticano, se opone la fresca e infantil sonrisa de Luciani.

El Luciani de Rosero es un héroe de la transparencia y la sabiduría cristiana. El tímido asno que va ascendiendo increíblemente en el poder eclesiástico hasta que sus enemigos tienen que envenenarlo. La simpatía de Juan Pablo I reside en su humildad de raigambre popular. Su encanto, al menos para quien narra la novela, en el hecho de ser un papa escritor. Luciani escribió una serie de cartas a escritores y hombres de conocimiento que serán, de alguna manera, cruciales para el desenlace de la novela. Pero al lado de esta figuración emblemática de Albino Luciani, están los pasajes de la obra que develan a un papa que de haber ejercido su mandato, hubiera transformado radicalmente el aparato envejecido, corrupto y conservador de la Iglesia. El capítulo VI,

dedicado a mostrar el pensamiento del papa, dice lo que se preveía: “[...] todo lo considerado sacrosanto podía seguramente desaparecer, el celibato sacerdotal, la oposición al control de la natalidad, al aborto, al divorcio, y el rechazo eterno a que las mujeres fueran ordenadas sacerdotes”.

Junto al capítulo VI, el VII y el VIII son acaso los mejores apartes de la novela. Estos últimos son los dedicados a la entrada de Juan Pablo I al Vaticano y a una catequesis paradigmática que el papa imparte a un grupo de sacerdotes del mundo en torno a los niños y a lo que estos significan para un verdadero cristiano. Aquí Rosero muestra su magisterio en lo que tiene que ver con el manejo de la información histórica y, por ende, enciclopédica de las fuentes que ha consultado. La descripción de las reliquias que encierra el Vaticano, de los archivos laberínticos y la biblioteca vasta son de una deliciosa erudición que jamás aplasta el devenir de la narración. Igual sucede con el episodio de la catequesis. Allí se comprende el sencillo pero contundente pensamiento de una Iglesia que critica la pederastía pedófila, siempre presente en el interior del establecimiento oficial de esta religión. El encuentro sorpresivo, en la sala en donde Juan Pablo I imparte su charla, entre el papa y Marcinkus precipitará, finalmente, la decisión de aquel de destituir a varios poderosos intocables de la Iglesia.

Entonces, en la noche en que Juan Pablo I firma los documentos se produce el envenenamiento. Y, con él, el inicio de los capítulos finales dedicados al descenso del papa al infierno. Son tres capítulos y casi cincuenta páginas en los que se narra el viaje a los profundos recintos de un lugar en cuyo núcleo principal habitan unos condenados particulares: los escritores. Del limbo dantesco, Rosero traslada los condenados de las letras a su infierno. Pero allí aparecen especialmente autores renacentistas, románticos y otros más contemporáneos. En general, se trata de los escritores a quienes en vida Luciani escribió sus epístolas. El efecto de estas voces que asedian al papa, en la antesala de su muerte, es similar al del coro de las prostitutas. El tono de los letrados es de humor amargo y entienden que el peor infierno es no ser leídos por nadie hasta el fin de los

tiempos. Con todo, el equilibrio que posee la novela se cuestiona en cierta medida por la demasiada extensión que Rosero dedica a este paso de un hombre bueno por el infierno. Luciani, en realidad, antes de morir, descende unas escaleras que aparecen en su habitación y son ellas, como pasajes secretos, las que lo conducirán a las sombrías regiones del ultramundo. Ya al final, una voz lo llama desde el otro lado del mundo. Es la voz del cardinal Villot, otro de los malvados de la Iglesia, quien con un martillo golpea de manera suave la frente de Luciani para corroborar su muerte.

Pablo Montoya